

Dossier



UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO

EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

Vivimos sin duda un mundo violento. Las imágenes que día a día entregan los medios masivos de comunicación bajo la forma de noticias o productos culturales de muy diversa índole, muestran un mundo en donde la agresión de unos en contra de otros resulta constante y machacona, al grado de volvernos insensibles hacia ese lado oscuro de la existencia humana. Y sólo de vez en vez, cuando un hecho nos resulta muy cercano o arroja imágenes demasiado devastadoras e insoportables, volvemos la mirada hacia la violencia. Pero, en verdad, ¿es el mundo más violento hoy que en el pasado o tan sólo se han modificado las formas de la violencia? ¿Cuál es el significado que debemos atribuirle a la violencia? Éstas son algunas preguntas que abordan los artículos del presente dossier, con el cual esperamos interesar al lector en la comprensión de este controvertido fenómeno social.

Patricia Hernández • Héctor Domínguez
Manuel Loera • Nemesio Castillo

Dossier



UN FANTASMA
QUE RECORRE
EL MUNDO
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

Globalización, ciudades y violencia:

el paso de la máquina infernal

Elsa Patricia Hernández

Y, sin embargo, el mundo es así, con los efectos inmediatamente visibles de la implementación de la gran utopía neoliberal. No sólo la miseria de una fracción cada vez mayor de las sociedades más avanzadas económicamente, el crecimiento extraordinario de las diferencias entre los ingresos, la desaparición progresiva de los universos autónomos de producción cultural mediante la imposición de los valores comerciales, sino también —y sobre todo— la destrucción de todas las instancias colectivas capaces de contrarrestar los efectos de la máquina infernal.

(Pierre Bourdieu, *Neoliberalismo, la lucha de todos contra todos*).

Estudiosos del tema exploran cada vez con más frecuencia el binomio violencia y globalización. El referente para visualizar sus efectos en el plano de lo local son las ciudades y los procesos que se viven en éstas. Con la urbanización y la masiva migración poblacional, las ciudades son vistas como espacios privilegiados, al mismo tiempo que albergan numerosos problemas sociales.

En la era de la globalización, la relación entre lo global y lo local no podría ser más compleja por la aceleración de los flujos financieros, étnicos, tecnológicos, mediáticos e ideológicos, que al mismo tiempo vinculan y separan. La globalización se traduce entonces en un sistema de dominación que profundiza las desigualdades sociales (de clase, género, raza, sexualidad, etcétera), lo que ha llevado a muchos a preguntarse de qué manera la actual economía política de globalización y violencia estructural se inscribe en los cuerpos

y experiencias de las personas y comunidades.

Dentro de los esfuerzos de dilucidación del tema se encuentra el texto de Néstor Arteaga Botello, *Violencia y estado en la globalización* que, entre otras aristas, revisa el incremento de la violencia a mediados de la década de los noventa y la sensación generalizada de inseguridad que se instaura a escala global. Una percepción social del riesgo que trae consigo consecuencias importantes en la vida de las ciudades, ya que, como apunta el autor, el panorama catastrófico y apocalíptico que se dibuja trastoca los espacios donde discurre su cotidianeidad. Mientras los espacios públicos pierden ese carácter y se convierten en símbolos de lugares inhóspitos, los espacios privados absorben la mayor parte de las actividades sociales, por lo que se invierte de un espacio a otro el papel de la socialización.¹ La sensación de inseguridad tiene consecuencias no sólo en el plano de lo socioespacial, sino en la construcción social de los otros, que se convierten en sospechosos. Se afianza así un reinado del temor en donde la confianza se diluye y las relaciones sociales se fracturan, ya que cualquiera es responsabilizado de la reproducción de la violencia, inculcando en muchas ocasiones a las propias víctimas.

Arteaga Botello nos alerta de las consecuencias de esta instalación del temor que construye culpables en los otros: a escala global la violencia es inherente a determinados grupos sociales, casi siempre minorías étnicas y marginados del desarrollo económico. Hacia ellos se enfocan las políticas públicas sustentadas por lo general en dos ejes: mantener el orden y endurecer las leyes. En su descripción sobre las clases catalogadas como "peligrosas", describe cómo, en las décadas de los años cincuenta y sesenta, el peligro lo representaban las llamadas "izquierdas radicales", mientras que hoy en día su lugar es ocupado por quienes encabezan los movimientos de protesta contra la forma actual de desarrollo capitalista.

De este modo, Arteaga Botello pregunta si realmente los tiempos actuales son más violentos o sólo ha cambiado nuestra sensibilidad a su presencia. Para responder, en coincidencia con otros autores,² apunta que existe una tendencia generalizada a eliminar toda significación positiva a la violencia, lo que implica una resignificación de la noción de violencia. Inicialmente, la modernidad le atribuyó una fuerte carga política, ya que se le ligaba con la rebelión de las élites, y más tarde de las masas. En este sentido, la violencia adquiere una con-

notación estrecha con la idea de transformación social, y es vista durante la mayor parte del siglo XIX y XX como el recurso mediante el cual las clases y grupos desfavorecidos luchaban por vencer la opresión que les venía de las clases dominantes.

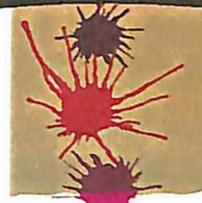
Sin embargo, en los tiempos actuales la violencia es resignificada y aún la noción de violencia que podríamos denominar revolucionaria adquiere una connotación negativa para la opinión pública. Arteaga Botello nos habla de cómo, en la actualidad, esta nueva significación le despoja de esa percepción anterior que la consideraba como esencial para construir la historia. Afirma que esta valoración social negativa que la percibe como la manifestación de un fracaso, da cuenta de una crisis intelectual y política de su papel en la historia.

A este respecto, otros textos plantean preocupaciones semejantes a las de Arteaga. Bolívar Echeverría, por ejemplo, sostiene que existe una percepción negativa de la violencia por la opinión pública dominante. Una opinión que tiene como contraparte la justificación y legitimación del monopolio de la violencia que ejerce el Estado, o el uso "informal" de la violencia represiva por grupos como los "guardias blancas", los paramilitares y parapolicíacos. La opinión pública dominante, enfatiza Echeverría, ubica este uso "informal" de la violencia represiva como "extralimitaciones inevitables comprensibles" de la propia violencia estatal.

En otro texto, Mabel Piccini propone que es necesario hacer la topografía de los campos cotidianos de batalla, lo cual consiste precisamente en reubicar la noción de conflicto y de violencia en cada uno de los segmentos de la vida social. Esto ocurre justamente en el caso de las tácticas de resistencia que realizan múltiples movimientos sociales desde hace décadas:

Desde la defensa de la Ecología hasta los movimientos por la paz, las luchas parciales contra la globalización como aquellas que defienden orientaciones sexuales fuera de

Dossier



**UN FANTASMA
QUE RECORRE
EL MUNDO**
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA





Dossier

UN FANTASMA QUE RECORRE EL MUNDO EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

las convenidas o los movimientos feministas que reflexionan y combaten por otra vida y otra asignación para las mujeres en nuestras sociedades. En definitiva, se trata de movimientos que luchan contra la exclusión que los sistemas neoliberales han impuesto sobre la mayoría de la población del planeta...³

Regresando a Arteaga Botello, este autor describe el impacto que los diferentes procesos inscritos en la globalización tienen sobre las ciudades y las comunidades que las conforman. En esos escenarios no resulta difícil tratar de reubicar las nociones de conflicto y violencia, tal como lo propone Mabel Piccini. La formación de capital y la movilización de recursos, la transformación constante de las relaciones de productividad en el espacio laboral, la implementación de poderes políticos centralizados, la formación de identidades nacionales y locales, la difusión de los derechos de participación política y de formas de vida urbana, la educación formal, la secularización de valores y normas generan, en conjunto, efectos desarticuladores en el tiempo y espacio sociales. Se producen así muchos conflictos y tensiones: entre capital y trabajo, entre las distintas escalas de los poderes políticos, en la identidad colectiva, en las formas de representación y en las relaciones sociales entre quienes se aferran a los nuevos valores y quienes los desprecian.

En este contexto, la violencia, dice el autor, sólo puede entenderse como el resultado de un proceso de constante desorganización social que se hace visible en los cambios en la esfera de la producción, de las instituciones políticas y en los referentes identitarios y culturales. La violencia es, entonces, una manifestación de relaciones sociales —la mayoría de las veces confluyentes— de subordinación, explotación, discriminación, rechazo y negación de las personas, donde éstas se sienten amenazadas en su ser, negadas, distanciadas del poder político, excluidas como individuos y miembros de la sociedad.

En América Latina, ejemplifica Arteaga,

la inserción de las economías locales en los mercados internacionales y la dificultad del Estado para constituirse en un instrumento sólido que respalde las garantías ciudadanas de seguridad y justicia, ha ocasionado que en las periferias de sus ciudades se produzcan revueltas urbanas y el aumento en la tasa de criminalidad. En estas condiciones, el nuevo rol del Estado presenta una doble cara: frente al capital nacional se presenta proteccionista y ante el trabajo muy flexible, lo cual impide desarrollar cualquier proyecto que implique incrementar los gastos relacionados con salud, educación y vivienda. El desmantelamiento del estado de bienestar que ello implica, dificulta el acceso de ciertos grupos a un número determinado de servicios de asistencia. Así, los efectos sociales de la inseguridad en el empleo, los ingresos y el bienestar, son la frustración y miedo, que generan un espacio favorable a la violencia, y las ciudades son el crisol donde se concentra.

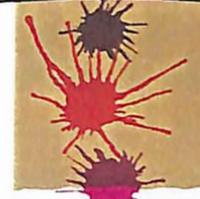
La violencia y el crimen, pues, sostiene Arteaga Botello, se constituyen poco a poco en una distinta forma de sociabilidad que hace posible la vigencia y la disolución del contrato social contemporáneo, que es justamente donde se debe encontrar la respuesta

a la expansión del crimen organizado. Señala que éste tiene sustento social en la medida en que la reestructuración económica capitalista empuja a un importante sector de la población a los sótanos de la economía informal. Frente a esta situación, el Estado responde instaurando un complejo aparato policial y no mecanismos institucionales que hagan posible la reconstrucción del tejido social.

Así, a partir de lo propuesto por este autor, es posible afirmar que en el esfuerzo de comprensión de la violencia se precisa una mayor comprensión de las implicaciones del fenómeno de la globalización, de las externalidades negativas que genera en las ciudades y del papel que el Estado tendría que tomar frente a la violencia y la exclusión social. Surge entonces la necesidad de plantear la búsqueda de un marco comprensivo que facilite la acción a favor de un nuevo contrato social incluyente, que haga frente a este encuentro que parece inevitable entre globalización, ciudades, violencia y Estado. Ante todo, es necesario reconocer la importancia de revalorar el concepto de violencia, o al menos tratar de desvelar la significación que adquiere en el contexto actual. Es por ello que resulta oportuno, como una reflexión final,

tener presente la interrogante que plantea Pierre Bourdieu ante los nuevos escenarios de la violencia en el mundo: "¿Podemos esperar que la masa extraordinaria de sufrimiento que produce este tipo de régimen político-económico algún día sea el principio de un movimiento capaz de detener la carrera hacia el abismo?"⁴

Dossier



**UN FANTASMA
QUE RECORRE
EL MUNDO**
EL ROSTRO DE LA VIOLENCIA

